

TRADUCCIONES

BIOGRAFÍA DE ZHAXITAWA

ZHAXITAWA nació en el distrito de Batang, en la provincia de Sichuan, en 1959, de padre tibetano y madre china. Debido al trabajo de sus padres, ambos cuadros del Partido Comunista, pasó una parte de su infancia en la ciudad de Chongqing con su familia materna, y la otra parte recorriendo las distintas zonas del Tíbet adonde sus padres eran enviados por el Partido.

Fascinado por la lectura desde niño, su vocación por el estudio se vio frustrada, como en el caso de toda su generación, por la Revolución Cultural que le impidió ir a la universidad. Al acabar el bachillerato estudió pintura en el Centro de Exhibiciones del Tíbet, y a los quince años entró a trabajar en escenografía y decorados en la Compañía de Teatro Tradicional del Tíbet, con la que viajó durante varios años en sus giras por los lugares más apartados de la geografía tibetana. A los diecinueve años comenzó a trabajar como editor de teatro tibetano, viajando más tarde a Pekín, donde realizaría estudios de perfeccionamiento en el Instituto de la Ópera China. A los veinte años de edad comienza a escribir y publicar sus cuentos, utilizando para ello la lengua china.

Zhaxitawa, mucho más interesado por la literatura extranjera que la mayor parte de sus contemporáneos chinos, se define a sí mismo primero como ciudadano del mundo y luego como tibetano. Si bien sus historias se desarrollan en el Tíbet, su literatura no puede encuadrarse en el género de literatura costumbrista de las minorías étnicas de China, sino más bien dentro de la corriente de literatura experimental contemporánea de dicho país. Las costumbres y tradiciones tibetanas son sólo la estructura en la que él explora nuevas formas de expresión y creación literarias.

Directivo de la Asociación de Escritores del Tíbet y miem-

bro de la Asociación de Escritores de China, Zhaxitawa está considerado como el más famoso de los escritores tibetanos actuales, y como uno de los más prometedores escritores contemporáneos chinos.

Entre sus cuentos destacan "El alma anudada en la cuerda de cuero", "Al otro lado del río", "Tíbet: los años secretos" o "Basan y sus hermanos", este último llevado al cine con mucho éxito. En 1993 publicó su primera novela larga, "Tumultuosa Xiambala", donde el realismo y la magia se confunden, y donde la pequeña historia de un niño pobre al servicio de una familia noble se entrecruza con el complejo proceso del derrumbamiento del sistema tradicional tibetano por la entrada de las tropas comunistas chinas en Tíbet.

EL ALMA ANUDADA EN LA CUERDA DE CUERO

ZHAXITAWA

(Traducción del chino:

Shao Yun y Patricia Schiaffini Vedani)

AHORA RARAS veces se oye cantar *El cóndor pasa*, esa lenta y sencilla canción folclórica peruana. La conservo grabada en una cinta y cada vez que la pongo aparecen ante mis ojos los valles del altiplano, manadas de ovejas que saltan entre las rocas, tierras divididas en pequeñas parcelas al pie de las montañas, sembrados dispersos, molinos de agua junto a los arroyos, bajas casas campesinas de piedra, montañeses cargados, cencerros de cobre atados a los cuellos de los bueyes, torbellinos solitarios y brillantes rayos de sol.

Estas escenas no pertenecen al altiplano andino, sino a la sierra de Pabunaigan, en la zona sur del Tíbet. No recordaba si las había visto con mis propios ojos o sólo en sueños. No podía acordarme con claridad. Había visitado demasiados lugares. Más tarde, el día en que realmente vine a la sierra de Pabunaigan, fue cuando supe que la Pabunaigan que había guardado en mi mente era sólo un bello paisaje rural del siglo XIX pintado por Constable.

Aunque ésta era aún una tranquila zona montañosa, la gente aquí gozaba en secreto de una vida modernizada. Había un pequeño aeródromo del que cinco veces por semana despegaban helicópteros hacia la ciudad. Cerca de allí había una central de energía solar. En un restaurante pequeño a la entrada del pueblo, junto a una gasolinería automática, conversé con un barbudo charlatán que se sentó en mi mesa. Él era el director general de la Compañía de Transportes del Himalaya, una gran empresa, la primera en todo Tíbet que dispuso de una flota de camiones-*container* importados de Alemania. Cuando visité una fábrica local de alfombras, vi que los diseñadores

utilizaban programas informáticos para hacer sus diseños. La estación de recepción de satélites retransmitía cinco canales de televisión que ofrecían a los espectadores treinta y ocho horas de programación diaria.

Por más que la moderna civilización material haya obligado al pueblo a liberarse de las concepciones tradicionales, lo cierto es que en la gente de las montañas de Pabunaigan todavía quedaban algunas de las antiguas formas de expresión. Mientras conversaba conmigo, el alcalde, doctor en ingeniería agrícola, inspiraba una bocanada de aire fresco y respondía chasqueando la lengua en señal de modestia. Para pedir un favor, los lugareños levantaban el dedo gordo de la mano y lo movían, pronunciando varias veces la frase "cuchi, cuchi", como un ruego. Algunos ancianos continuaban quitándose el sombrero, apoyándolo contra su pecho y haciéndose a un lado para expresar su sincero respeto a los viajeros que llegaban desde ciudades lejanas. A pesar de que hacía muchos años que el gobierno había unificado el sistema de pesos y medidas, la gente de la zona aún expresaba la longitud estirando un brazo, mientras con el otro iban señalando la muñeca, el antebrazo, el codo o el hombro, indicando así las diferentes longitudes.

El buda viviente Sanjiedapu estaba a punto de morir. Era el vigesimotercer buda viviente reencarnado del Templo de Zhatuo. Tenía 98 años. Después de su muerte no habría ya más reencarnaciones que le sucedieran. Él y yo habíamos tenido antes algún contacto, y por eso yo quería escribir un reportaje especial sobre esto. El budismo tibetano, incluyendo sus diferentes escuelas, una de las religiones más profundas y misteriosas del mundo, quizás pudiera estar aproximándose a su fin, al perder el sistema de sucesión por reencarnación que establecía la jerarquía de sus líderes religiosos. Comenté que la forma, en cierta medida, determinaba la ideología. El buda viviente Sanjiedapu movió su cabeza negando mi opinión. Sus pupilas estaban dilatándose poco a poco. "Xiambala", dijo moviendo levemente sus labios, "la Guerra ya ha comenzado".

Según los antiguos libros sagrados, en el norte había un "lugar puro", el reino ideal de Xiambala. Se dice que la secta secreta celestial del Yoga tuvo allí su origen, donde el primer rey, Suochadenapu, que recibió las enseñanzas del propio Buda,

difundió luego ampliamente la secta del “Ciclo del Diamante”. Los libros decían que un día señalado, en el reino de Xiambala, rodeado por montañas nevadas, estallaría una guerra. “Dirigiste los doce ejércitos divinos galopando entre los soldados celestiales sin volver nunca la cabeza. Arrojaste tu larga lanza al pecho de Harutaimen, el jefe de los demonios que se oponían a Xiambala, aniquilándolos completamente”. Ésta era la descripción que el libro *El juramento de Xiambala* hacía, elogiando al último de los reyes, Shenwulun. Sanjiedapu de Zhatuo me había hablado una vez de esa guerra. Dijo que tras cientos de años de lucha cruel, después de acabar finalmente con los demonios, la tumba de Zongkaba, en el Templo de Gandan, se abriría, difundiéndose nuevamente las doctrinas de Buda durante otros mil años. Luego seguirían los desastres causados por el viento y el fuego, y al final, el diluvio inundaría la tierra. Cuando llegara el fin del mundo, sólo sobrevivirían unos pocos, llevados al Cielo por los dioses. Así, al volver a formarse el mundo, la religión resurgiría.

Sanjiedapu de Zhatuo estaba tendido en la cama, y entre alucinaciones, hablaba a alguien invisible enfrente de él:

—Cuando hayas atravesado la montaña nevada de Karon, y estés de pie dentro de las líneas de la palma de la mano del buda Tathagata, no persigas nada, no busques nada. Comprende por medio del rezo, y consigue la imagen mediante la comprensión. Entre las líneas entrecruzadas de su mano sólo hay un camino de existencia que va hacia ese lugar puro del mundo de los hombres.

Confusamente entrevi el momento en que el buda Tathagata iba a abandonar este mundo, y cómo bajaba del cielo un carro de guerra, al que subía acompañado de dos ninfas, para perderse luego volando hacia el lejano sur.

—Dos jóvenes de la región Kamba fueron a buscar el camino hacia Xiambala, —dijo el buda viviente.

Lo miré fijamente.

—¿Quiere decir que en 1984 vinieron por aquí dos kambas, un hombre y una mujer?— le pregunté.

Él asintió.

—¿El hombre resultó herido?, volví a preguntar.

—Tú también lo sabes, —dijo.

Sanjiedapu de Zhatuo cerró los ojos y fue recordando poco a poco lo que les había sucedido a aquellos dos jóvenes que habían venido a la sierra de Pabunaigan, y lo que ellos le habían contado acerca de su viaje. Reconocí que lo que el lama de Zhatuo estaba recitando era el argumento de un cuento que yo mismo había creado. Al terminar de escribirlo lo había encerrado con llave en una caja, sin dejar que nadie lo leyera. Él lo estaba recitando casi palabra por palabra. El espacio en el que se desarrollaba la historia era el camino que llevaba hasta una aldea llamada Jia, en la sierra de Pabunaigan. Transcurría en 1984. Los personajes eran un hombre y una mujer. El motivo por el que yo nunca había enseñado a nadie esta novela era que al final yo no sabía realmente adónde se dirigían mis protagonistas. Por medio de las palabras del buda viviente logré enterarme ahora. Lo único que no coincidía era el desenlace, en el que el protagonista está sentado en un bar mientras un viejo le indicaba el camino. No escribí qué camino le había indicado el viejo ya que en aquel entonces ni yo mismo lo sabía. Sin embargo, el buda viviente de Zhatuo afirmaba que esas indicaciones habían sido dadas en su propia casa. Además, daba la coincidencia de que tanto el viejo como él habían mencionado las líneas de la palma de la mano del Tathagata.

Finalmente, el resto de la gente entró y rodeó al buda viviente que, con los ojos entreabiertos, estaba adentrándose poco a poco en ese estado en el que ya no se siente ni se piensa.

Comenzaron a preparar el funeral. El lama de Zhatuo iba a ser incinerado, y yo sabía que había quienes deseaban recoger sus *sariras*¹ para conservarlas para siempre como recuerdo. Después de haber despedido a Sanjiedapu, ya en el camino de regreso, fui reflexionando sobre la finalidad de la creación literaria.

Cuando llegué a casa abrí la tapa de una caja con una etiqueta que decía "Adorables Hijos Abandonados". Allí dentro estaban colocados ordenadamente más de una centena de so-

¹ Las sariras son pequeñas partículas halladas algunas veces después de incinerar el cuerpo de un monje entre sus cenizas y que, según la tradición budista, demuestran su santidad.

bres marrones que contenían las obras que no me habían publicado, o que yo nunca había querido publicar. Saqué el sobre número 840720, en el que había una novela corta que contaba el viaje de dos kambas que iban a la sierra de Pabunaigan. Aún no tenía título. Lo que sigue a continuación es el texto original del relato:

Qiong guiaba montaña abajo su veintena de cabras y se quedó de pie a medio camino. Vio que en el cauce ancho, seco y pedregoso del río, que serpenteaba al pie del monte, se movía lentamente un puntito negro como una hormiga. Ella pudo distinguir que se trataba de un hombre que venía caminando en dirección a su casa. Qiong, blandiendo su látigo, precipitó las cabras hacia abajo de la colina.

Calculó más o menos que aquel hombre debía caminar hasta el anochecer antes de poder llegar hasta donde ella estaba. En aquella colina desierta sólo había dos casitas bajas de piedra con sus rediles para las cabras. En una de ellas vivían Qiong y su padre, y en la otra una señora muda de unos cincuenta y pico de años. Papá era un bardo que recitaba Guesar,² y que a menudo era invitado a ir a cantar a pueblos lejanos, a veces hasta los más alejados, y tardaba en regresar varios días o incluso meses. Siempre venía hacia la colina un hombre a caballo que traía otro caballo para que lo montara papá, con su laúd de seis cuerdas al hombro. Luego, los cascros de los caballos acompañados por el ruido de las campanillas continuaban resonando rítmicamente durante mucho rato en el silencio del desierto, de pie en la colina y acariciando el gran perro negro que estaba pegado a su falda. Qiong contemplaba los dos caballos hasta que doblaban por la cueva de enfrente.

Desde pequeña fue creciendo en ese ritmo monótono de cascros y campanillas de cobre. Cuando ella llevaba a pastar su rebaño y se sentaba sola en una piedra a pensar, ese sonido se convertía en una melodía sin letra que venía flotando desde valles remotos, una canción en la que estaban contenidas la

² Poema épico tibetano que narra las aventuras del héroe legendario Guesar, cuya extensión aproximada es de un millón de versos, y que se ha transmitido de generación en generación por tradición oral.

vida sin descanso del desierto y un desolado anhelo exhalado en medio de la soledad.

La mujer muda pasaba todo el día tejiendo paños de lana en el telar. Cada mañana, desde lo alto de la colina arrojaba un puñado de “tsampa”³ para atraer así al Buda Guanyin. Luego, empuñando el grasiento molinillo de oración,⁴ lo hacía girar sin cesar murmurando sus rezos hacia el oriente. A veces, a media noche, papá se levantaba e iba a la casa de la mujer. Cuando empezaba a clarear el día volvía con la cabeza cubierta por su larga túnica y se metía bajo la manta de cuero. Levantarse por la mañana temprano; terminar de ordeñar para preparar el té y comer la pasta de tsampa; luego, echar al hombro un saco de cuero con la comida para ese día y la ollita negra; ir detrás de la casa; abrir la verja, y llevar las cabras a la montaña: así era la vida. Qiong preparó comida y té caliente y esperó al visitante tendida boca abajo en la alfombra. El perro comenzó a ladrar y ella se precipitó hacia afuera de la casa. La luna acababa de salir. Sujetó la cadena que ataba al perro, pero no vio a nadie hasta un rato después, cuando apareció una cabeza en la parte baja de la pendiente.

—Ven, no te preocupes, tengo cogido al perro, —dijo Qiong.

El visitante era un hombre enorme.

—Estás cansado —dijo llevándolo hacia la casa. De su sombrero colgaba una borla de seda roja. Papá no está, se marchó a recitar Guesar.

De al lado venía el ruido del mazo del telar mientras la mujer muda tejía. Después de comer y dar las gracias, el hombre se acostó agotado en la cama del padre de Qiong.

Qiong estuvo un rato de pie afuera. El cielo estaba sembrado de estrellas y alrededor todo permanecía en silencio. No se oía ni el más leve sonido de la naturaleza. Ante sus ojos,

³“Tsampa” es harina tostada de cebada, que se suele tomar mezclada con harina de guisante, azúcar y grasa, y constituye una de las bases de la alimentación del pueblo tibetano.

⁴Tubo metálico unido a un mango que lleva en su interior un rollo de papel con oraciones escritas, y que los fieles hacen girar de izquierda a derecha, mientras recitan sus rezos. El molinillo de oración es una herencia de la antigua religión animista del Tíbet, Bon, que luego permaneció en el rito lamaísta.

los vastos valles bajo la luz de la luna estaban inundados de un blanco brillante. El perro negro sujeto por la cadena estaba girándose y Qiong se puso de cuclillas y se abrazó a su cuello. Se acordó de la niñez y la adolescencia pasadas en la simple y solitaria colina, de aquellos hombres siempre silenciosos que venían a invitar a papá, del viajero dormido en la casa que había venido de lejos y mañana marcharía lejos otra vez. De rodillas sobre la tierra y con la cara metida entre las manos lloró, rogando en silencio que su padre la perdonara. Luego secó sus lágrimas en la piel del perro y regresó a la casa. En la oscuridad y sin hacer ruido, temblando de arriba abajo como si tuviera malaria, se metió bajo la manta del hombre.

Cuando Venus apareció por el este, Qiong bajó la luz vacilante de la lámpara de manteca, enrolló su fina manta; metió en un saco carne seca de ternera, la bolsita de cuero para amasar tsampa, un poco de sal gorda y un trozo de manteca, y volvió a echarse al hombro la pequeña olla negra que usaba todos los días para hacer el té en la montaña, mientras vigilaba las cabras. Todo lo que una chica debía llevar colgaba ya de su hombro. Finalmente echó una mirada a la oscura casa.

—‘Estoy lista’ —dijo.

Después de terminar de fumar el último puñado de tabaco en polvo, el hombre se levantó sacudiéndose las manos. Acarició la cabeza de Qiong, la rodeó con su brazo, y los dos salieron de la casa con la cabeza baja, caminando hacia el oscuro oeste. La pesada carga que llevaba Qiong no dejaba de sonar durante todo el camino. No le interesaba para nada preguntar adónde la llevaría ese hombre. Sólo sabía que abandonaría para siempre aquella tierra inerte. El hombre sólo llevaba en la mano un rosario budista de cuentas de sándalo, y caminaba a grandes zancadas con la cabeza bien alta, como si estuviera lleno de confianza ante el largo viaje que le esperaba.

—¿Para qué sirve esa cuerda de cuero que llevas en la cintura? Pareces un cachorro que no tiene quien le lleve, —dijo Tabé.

—La uso para contar los días. ¿No ves que he hecho cinco nudos?, —dijo Qiong—. Hace cinco días que dejé mi casa.

—Cinco días no son nada. Yo nunca he tenido casa.

Ella caminaba detrás de Tabé durante todo el camino, pa-

sando las noches en la explanada para almacenar el trigo de alguna aldea, en los rediles de ovejas, en un rincón de un templo abandonado, o en una cueva en la montaña, y si la suerte era mejor, en la casa de un campesino o en la tienda de algún pastor.

Cada vez que entraban en un templo rendían culto tocando las bases de las imágenes de Buda con sus frentes. Cada vez que veían un *manitui*⁵ fuera de un templo, al lado del camino, a la orilla de un río o en la entrada de un valle, nunca dejaban de colocar unas piedrecillas blancas encima. En el camino iban también encontrando a los fieles budistas que peregrinaban a rastras hacia los templos. Los fieles iban avanzando muy lentamente, dando un paso y luego acostándose boca abajo hasta que sus cabezas tocaban la tierra, para después volver a levantarse, dar otro paso y acostarse de nuevo en el suelo. Llevaban delantales de lona gruesa con varias capas de parches en el pecho y las rodillas para cubrir los agujeros producidos por el roce con la tierra. Las partes que sobresalían de sus rostros estaban cubiertas de polvo, y el choque constante de sus frentes con el suelo les había producido quistes carnosos tan grandes como huevos, que estaban cubiertos por una mezcla de sangre y arena. Las cajas de madera recubiertas por planchas metálicas que les servían de protección para sus manos iban dejando huellas profundas en el suelo a ambos lados de sus cuerpos tendidos. Tabé y Qiong no avanzaban de esa manera, sino caminando, dejándolos pronto atrás.

En el altiplano tibetano, las montañas se sucedían sobreponiéndose sin fin. En varios días de camino no se veía un alma, y mucho menos una aldea. Desde el fondo de los valles soplaba el viento frío. Mirando un rato el cielo azul se podía sentir que el cuerpo flotaba ascendiendo, como queriendo abandonar aquel suelo de debajo de los pies. El sol abrasaba, la tierra quemaba. Durante el día, la cordillera y la meseta dormidas guardaban un eterno e infinito silencio.

⁵ Los tibetanos llaman "manitui" a unos montoncillos de piedras, formados con el paso del tiempo por los peregrinos y fieles que, al cruzar por su lado, depositan una nueva piedra y rezan una oración.

El cuerpo de Tabé era ágil y flexible, y al subir la montaña sus pies avanzaron pisando una tras otra las piedras resbaladizas. Al llegar a una roca redonda volvió la cabeza y, viendo que le separaba de Qiong aún un gran trecho, se sentó a esperarla. Siempre permanecían callados durante el viaje, pero a veces ella no podía soportar el silencio, y de repente su voz estallaba en una canción, como la hembra de algún animal del valle que aullara hacia el cielo. Tabé seguía andando sin volver la cabeza para mirarla. Cuando al rato ella dejaba de cantar, el entorno volvía a sumirse en el silencio muerto. Qiong le seguía con la cabeza baja, y sólo hablaban un poco cuando se sentaban a descansar.

—¿Ya no te sale sangre?

—No, ya no me duele nada.

—Déjame ver.

—Vete a coger algunas arañas. Si las aplasto las pongo sobre la herida pronto se pondrá bien.

—Aquí no hay arañas.

—Busca entre las piedras. Revuelve las piedras y las encontrarás.

Qiong revolvió entre las piedras que estaban medio enterradas y buscó atentamente. Al rato encontró cinco o seis arañas, las llevó dentro del puño cerrado y se las colocó a Tabé en la palma de la mano. Él las fue rompiendo una por una y colocando en la herida de la pierna.

—Qué feroz era aquel perro. Corrí y corrí hasta que la olla que llevaba en la espalda golpeó tanto mi nuca que mis ojos se nublaron.

—Tenía que haber sacado el cuchillo y haberlo matado.

—Esa mujer nos dio esto, —dijo Qiong haciendo un gesto obsceno de los más ofensivos—. ¡Qué susto!

Tabé cogió otra vez un puñado de tierra y la colocó sobre la herida, dejándola al sol.

—Ella lo guardaba en el armario de la taberna. Tenía un fajo así de gordo —Tabé lo mostró con las manos—. Sólo saqué diez billetes.

—¿Para qué los vas a usar?

—¿Qué voy a comprar? Delante, en la parte baja de la montaña está el templo de Tsicu. Se lo voy a dar al Buda, pero me quedará yo también con algo.

—Bueno, estás un poco mejor ahora, ¿no? ¿Te duele?

—Ya no duele, pero mi boca está tan seca que va soltar humo.

—¿No has visto que ya puse la olla? Voy a coger unas ramas secas.

Tabé estaba recostado perezosamente en una roca, con el sombrero encima de los ojos para tapar los rayos del sol. Él masticaba hierbas secas, mientras Qiong, agachada delante de un fogón hecho con tres piedras, con la cara pegada al suelo, soplaba el fuego para hacer el té. Las llamas se avivaron de golpe. Ella retrocedió de un salto restregándose los ojos que le picaban por el humo, estiró hacia abajo su flequillo y se dio cuenta de que el fuego lo había quemado un poco.

A lo lejos, en la cima de un gran monte, había dos figuras negras, tal vez pastores, uno alto y otro bajo. Parecían dos águilas posadas en la roca de la cumbre. No hacían ni el más leve movimiento.

Qiong también los vio y los saludó haciendo círculos en el aire con su mano derecha. Los hombres de la cumbre se movieron y también dibujaron círculos para responderle. Había demasiada distancia. No se oirían aunque gritaran hasta romperse la garganta.

—Creía que no había nadie más que nosotros por aquí, —dijo Qiong a Tabé.

—Estoy esperando tu té. —Él cerró los ojos.

Qiong de repente se acordó de algo, y sacó de su pecho un libro, que mostró muy orgullosa a Tabé como si fuera un botín. La noche anterior cuando descansaban en una aldea, ella se lo había robado del bolsillo trasero a un chico mientras éste, con intenciones no muy honestas, decía al oído de Qiong palabras dulces. Tabé lo cogió y lo hojeó. No conocía ese tipo de letras, ni algunos de los esquemas mecánicos que aparecían en el libro. En la portada estaba dibujado un tractor.

—Esto no sirve para nada —dijo arrojándoselo a Qiong.

Ella, desanimada, arrancó todas sus hojas y las usó para encender el fuego y hacer otro té.

Caminaron hasta el atardecer, y de pie en la curva del monte vieron a lo lejos una aldea rodeada de verdes árboles. Qiong cobró ánimos, empezó a cantar de nuevo y a bailar entre la

hierba blandiendo un palo, con el que pinchó suavemente a Tabé en la axila y en la cintura para hacerle cosquillas. Tabé impacientemente agarró el palo y lo arrojó hacia fuera con tanta fuerza, que la hizo tambalearse y caer al suelo.

Al entrar en la aldea, Tabé se marchó solo a beber algo o a hacer alguna otra cosa. Habían quedado en pasar la noche junto a la escuela, en un edificio en construcción al que aún no le habían colocado ni las puertas ni las ventanas. En la plaza iban a poner una película por la noche y había gente que estaba colgando la pantalla de los postes. Cuando Qiong estaba recogiendo ramas secas en el bosque, la rodeó una banda de niños, que desde lo alto del muro le arrojaron piedras. Una le dio en la espalda pero ella no se volvió. Un muchacho de sombrero amarillo acabó echando de allí a los niños.

—Te tiraron ocho piedras y te acertó una —dijo sonriente el del sombrero amarillo, mientras le mostraba una calculadora en cuya pantalla aparecía escrito un 8— ¿de dónde vienes?

Qiong lo miró.

—¿Te acuerdas cuántos días has caminado?

—No me acuerdo. —dijo Qiong, levantando la cuerda de cuero, pero los puedo contar. Ayúdame a contarlos.

—¿Cada nudo es un día? —Él se arrodilló delante de ella—. . Interesante... noventa y dos días.

—¿De veras?

—¿Es que no los has contado?

Qiong negó con la cabeza.

—Noventa y dos días, a veinte kilómetros cada día, —pulsó las teclas de la calculadora—, mil ochocientos cuarenta kilómetros.

Qiong no entendía de números.

—Soy el contable de la aldea, —dijo el muchacho—. Cuando encuentro algún problema la uso para ayudarme a resolverlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Qiong.

—Una calculadora, es divertidísima. Ella sabe cuántos años tienes —apretó un número para que Qiong lo viera.

—¿Cuántos?

—Diecinueve.

—¿Tengo diecinueve?

—Dilo tú.

—No lo sé.

—Nosotros los tibetanos antes no calculábamos nuestra propia edad, pero ella sí la sabe. Mira, lo que está escrito en ella es diecinueve.

—No lo parece.

—¿No? Voy a ver. Bueno, al principio, como no estás acostumbrada, los números te parecen un poco raros.

—¿Puede saber ella mi nombre?

—Claro.

—¿Cómo me llamo?

Él apretó ocho números de golpe, llenando la pantalla.

—¿Cuál es mi nombre?

—Qué tonta. Ni siquiera reconoces tu propio nombre.

—¿Cómo se mira?

—Mírala así. —Él la puso en vertical y se la mostró.

—¿Ahí dice Qiong?

—Claro que dice Qiong. Aquí pone tu nombre completo, Qiaxiabujiquahqiong.

—¡Ah! —gritó ella con asombro.

—¡Ah, qué! Los extranjeros hace mucho que la usan. Estoy pensando en un problema. Antes trabajábamos día y noche. Según la explicación económica el trabajo prestado debe estar en proporción directa al valor creado —Hablaba desenfrenadamente, haciendo operaciones aritméticas con el valor de los puntos adquiridos según tu trabajo, el valor del trabajo, el del artículo y los días, los meses y los años. Le mostró el número de nuevo—: mira, el resultado de los cálculos es un número negativo. O sea, que a final de año tenemos que acabar comprando los cereales gubernamentales, pidiendo ayuda del gobierno. Eso va contra las leyes económicas... ¿Por qué me miras tan fijamente? ¿Es que me quieres comer?

—Si no has cenado puedes comer aquí. Voy a coger leña para cocinar.

—¡Tu madre! ¿Tú vienes de la Edad Media o acaso eres... eres un extraterrestre o algo así?

—Vengo de un lugar muy lejos, he caminado... —Levantó otra vez la cuerda de cuero— ¿cuántos acabas de contar?

—Déjame pensar... ochenta y cinco días.

—He caminado ochenta y cinco días. No, tú antes dijiste noventa y dos, me mientes, —rió Qiong.

—Ay, ¡ay ay!... Buda mío. Debo estar borracho —murmuró cerrando los ojos.

—¿Comes aquí? Todavía me queda un poco de carne seca.

—Chica, mejor te llevo conmigo a un lugar ¿vale? Allí hay jóvenes alegres, música, cerveza y además hay baile. ¡Tira ya esas ramas podridas!

Tabé se abrió paso entre la multitud apiñada que veía la película. No se había emborrachado por el vino, pero estaba fatigado y deslumbrado por los paisajes y personajes de colores brillantes que iban y venían por la pantalla, cambiando de tamaño. Regresó arrastrando los pies a aquel edificio vacío. La olla negra estaba puesta sobre las piedras, pero éstas estaban frías. Las cosas de Qiong estaban todas en el rincón. Bebió unos tragos de agua fría, apoyó su espalda contra el muro y, mirando hacia el cielo, meditó. Conforme iban caminando, las aldeas en las que paraban a descansar iban perdiendo cada vez más la tranquilidad nocturna de la naturaleza, se hacían más ruidosas: las máquinas, las canciones, los gritos. Él no quería ir a una ruidosa metrópoli con sinfonías de toda clase de sonidos. El quería ir a...

Qiong volvió tambaleándose y se apoyó en la pared de adobe aún sin puerta, a alguna distancia de Tabé. Él percibió el olor a alcohol del cuerpo de ella, algo más fuerte que el del suyo propio.

—¡Qué divertido! De verdad que están alegres —Qiong hablaba como si llorara y riera a la vez— —alegres como los dioses. Tabé, marchémonos mañana... pasado mañana mejor.

—No.

Él nunca pasaba dos noches en la misma aldea.

—Estoy cansada, muy cansada —Qiong balanceó su pesada cabeza.

—Tú no puedes saber lo que es el cansancio. Mira que piernas más gruesas tienes, más fuertes que las de un yak. Desde que naciste no has conocido el cansancio.

—No, yo no hablo de mi cuerpo. —Ella señaló su corazón.

—Estás borracha. Duerme.

La agarró por los hombros y la hizo tenderse en el polvoriento suelo. Luego hizo un nudo en la cuerda de cuero por ella.

Qiong estaba más y más fatigada. Cada vez que hacían una pausa en el camino para descansar, se tendía en el suelo negándose a seguir caminando.

—Levántate. No te apoltrones como un perro vago.

—Tabé, no quiero caminar más —Tendida bajo el sol, lo miraba con los ojos entreabiertos.

—¿Qué dices?

—Vete tú solo. No quiero seguirte todos los días andando, andando y andando. Ni siquiera tú mismo sabes a qué lugar hay que ir, y por eso vagamos eternamente.

—Mujer, no entiendes nada.

Pero él sabía adónde tenía que ir.

—No, no entiendo.

—Ella cerró sus ojos y encogió su cuerpo.

—¡Que te levantes! —empujó con el pie el culo de Qiong un par de veces y levantó una mano como para aporrearla—. Si no lo haces te pego.

—¡Eres un demonio!, —Qiong se levantó gimiendo y, apoyándose en un palo, comenzó a caminar detrás de Tabé, que ya se había puesto en camino.

Pero ella escapó en cuanto la ocasión le pareció oportuna. Una noche que dormían en una cueva, se levantó de madrugada y, sin olvidar llevar consigo su pequeña olla negra, corrió monte abajo a la luz de la luna y las estrellas. Ella se sentía tan libre como un pajarito fuera de su jaula. Al mediodía siguiente, cuando descansaba junto a unas rocas al lado de un profundo barranco, vio aparecer un puntito negro encima del cerro de enfrente, como el que había visto aquel día cuando volvía a casa con su rebaño. Tabé la había encontrado y se estaba acercando. Temblando de ira alzó la olla negra para golpear a muerte su cabeza con tanta fuerza que hubiera podido partir la crisma a un toro salvaje. Tabé la esquivó asustado, y de un manotazo hizo que la olla volara de la mano de Qiong y rodara sonoramente por el barranco. Se miraron escuchando aquel sonido durante un buen rato. Al final, a ella no le quedó más remedio que bajar al barranco entre sollozos. Después de va-

rias horas consiguió encontrar y traer de vuelta su olla. Estaba llena de agujeros.

—Me tienes que compensar por la olla, —dijo Qiong.

—Déjame verla —Él la cogió y los dos la examinaron detalladamente—. Sólo tiene una raja muy fina. Puedo arreglarla.

Tabé se marchó y Qiong bajó la cabeza abatida y fue detrás de él.

—¡Eeeeeeeey!... —Qiong empezó a cantar en voz increíblemente alta, y su canción estremeció sonoramente el barranco.

Probablemente hubo un día en el que Tabé estuvo también harto de Qiong, y pensó: “En mi vida anterior acumulé virtud y sabiduría, aspirando a lo bueno y rechazando lo malo. Por este motivo finalmente no fui arrojado al infierno, ni nací en la perversidad, ni me convertí en un fantasma hambriento o en un idiota, sino que vine a la tierra y me reencarné en un ser humano bueno. Sin embargo, en nuestra vía hacia la consumación de las penas, la mujer y el dinero son cosas de las que se debe prescindir, son sólo piedras en nuestro camino”.

Al poco tiempo, llegaron a una aldea llamada Jia. En aquel entonces la cuerda de cuero que rodeaba la cintura de Qiong estaba ya cubierta de nudos apiñados. Nunca se les había ocurrido que la gente de Jia los fuera a recibir en la entrada tocando tambores y gongs. Los miembros de las milicias populares formaban una guardia de honor, alineados a ambos lados, llevando al hombro fusiles semiautomáticos, cuyos cañones, por seguridad, habían sido tapados con trozos de tela roja. Cuatro aldeanos, disfrazados como si fueran dos yaks danzaban en el centro de la carretera. El alcalde los esperaba al frente de la multitud, acompañado de varias muchachas que llevaban las “hatas”⁶ y las vasijas de plata con sus bocas llenas de flores de manteca. Una gran sequía afectaba la zona. Poco tiempo atrás alguien había predicho que al anochecer de ese día llegarían a la aldea dos personas venidas del este, trayendo consigo la lluvia que, como néctar celestial, acabaría con la sequía y daría

⁶ Pieza de tela larga de seda que se utiliza como regalo de saludo o respeto entre los tibetanos, y que se cuelga al cuello de la persona a la que se rinde homenaje.

buenas cosechas. Ellos realmente habían aparecido y la gente creyó que era un buen augurio. Llenos de júbilo ayudaron a Tabé y a Qiong a subir al “buey de hierro”, un tractor del que colgaban un montón de hatas, y así, escoltados por la multitud, entraron en la aldea. Hombres y mujeres, niños y grandes, vestían ropas nuevas. Cada familia había reemplazado las antiguas banderitas multicolores de los techos de sus casas⁷ por otras nuevas. Hubo quien reconoció en la voz, la forma de hablar y el aspecto de Qiong a la reencarnación de la diosa Chuomacarpó Blanco, por lo cual en seguida dieron de lado a Tabé. Pero Tabé estaba seguro que Qiong no era la reencarnación de la diosa. Lo sabía bien porque, cuando ella dormía, solía adoptar posturas muy feas, aflojando los músculos de la cara, mientras de su boca entreabierta le caían hilos de baba.

Se fue solo y de mal humor al bar para tomar unas copas. Quería armar bronca. Ojalá le cayera mal a alguien y ese alguien le quisiera llevar la contraria; así tendría algo que hacer. Una pelea. Y si aquel tipo sacaba el cuchillo sería aún mejor.

En el bar sólo había un viejo bebiendo. Las moscas iban y venían alrededor de su cabeza. Tabé entró y se sentó enfrente suyo con aire de desafío. Una chica campesina con un pañuelo de flores en la cabeza puso un vaso de cristal en su mesa y lo llenó de vino.

—Este vino parece pis de caballo. —Dijo en voz alta después de tomar un trago.

Nadie le contestó.

—¿Tú, qué opinas? —preguntó al viejo.

—Si hay que hablar de pis de caballo, te diré que yo cuando era joven lo bebí. Así fue realmente: puse la boca debajo de sus partes y lo bebí.

Tabé se rió satisfecho.

—Para recuperar mi ganado, que estaba en manos de Amiliar la bandolera, la perseguí desde Guertse hasta el desierto de Tacklamakan.

⁷ Tiras de banderitas de los cinco colores (rojo, azul, verde, amarillo y blanco) que simbolizan los elementos del universo. Las banderas llevan impresas oraciones budistas y son colocadas al viento en la creencia de que éste, al moverlas, esparce las oraciones por el aire.

—¿Quién era Amiliar?

—¡Ah!, era la jefa de unos bandidos que hace muchos años venían de Xijiang. Una mujer de raza kazak, famosa en Ngeri y en el norte del Tíbet. A un rico ganadero le robó en una noche todas las cabras y ovejas de su dehesa. Al día siguiente, cuando salió de su tienda todo estaba vacío. Sólo quedaban un montón de huellas de las patas del ganado. Ni siquiera los soldados tibetanos mandados por el gobierno de Garshia pudieron someterla.

—¿Y luego?

—Hace un momento hablaste de pis de caballo. Pues sí, perseguí a caballo a mi ganado llevando una lanza de orquilla a la espalda. En el enorme desierto fue ese trago de pis lo que me salvó la vida.

—¿Y más tarde?

—Más tarde, ella quería retenerme para que le sirviera de...

—¿De marido?

—De pastor. Yo era el hijo de aquel ganadero. Era guapísima. Tan guapa como el sol. Nadie se atrevía a mirarla. Me escapé y volví aquí. Dime, quitando el cielo y el infierno, ¿qué lugar me falta aún por visitar?

—Tú no has ido aún al lugar al que yo quiero ir —dijo Tabé.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó el viejo.

—Yo... no lo sé.

Por primera vez Tabé se sintió confuso ante la meta que tenía delante. No sabía hacia qué lugar debía seguir andando. El viejo comprendió lo que estaba pensando.

El viejo, señalando un monte que había a su espalda, dijo:

—Nadie ha ido allí. Nuestra aldea era antes una posta de la que luego se podía ir en todas direcciones, pero nadie se dirigió nunca hacia allá. En 1964 —empezó a recordar— comenzaron a organizar aquí las comunas. Todos decían que había que seguir el camino hacia el comunismo, pero no había casi nadie que pudiera explicar claramente qué era el comunismo. Fuera lo que fuera era un paraíso. ¿Dónde estaba? No lo sabían. Se lo preguntaban a los que venían de la región Wei y allí no estaba; se lo preguntaban a los de Gnerí, y tampoco; se lo preguntaban a los de la zona Kan, y ellos decían que no lo habían visto.

Entonces sólo quedó la montaña nevada de Karón a la que nadie había ido jamás. Algunos aldeanos vendieron todas sus propiedades, se echaron al hombro su saco de tsampa y se fueron a la montaña, diciendo que iban al comunismo, pero nunca volvieron. Después, ningún aldeano volvió a ir allí, por más miserable que fuera su vida.

Tabé mordiéndolo el borde del vaso, alzó la vista para mirarlo.

—Pero sé algunos secretos sobre la zona que está al pie de la montaña Karón —dijo el viejo parpadeando.

—Cuéntamelos.

—¿Piensas ir allí?

—Quizás.

—Cuando hayas subido hasta la cima de la montaña, oirás un extraño sollozo, como el llanto de un bastardo abandonado. No te preocupes, es el ruido del viento que sopla entre las rocas. Después de subir la montaña durante siete días, alcanzarás la cumbre justo cuando amanezca. No tengas prisa por bajar, porque el reflejo de los rayos del sol en la nieve te cegará.

—Eso no es ningún secreto.

—No, eso no es un secreto. Lo que yo te quería contar es que después de bajar durante dos días, llegarás al pie de la montaña, y verás que la tierra está surcada por incontables zanjas, algunas profundas y otras no, que se extienden serpenteantes en todas las direcciones. Si entras en ellas es como si te metieras en un laberinto. No, esto tampoco es un secreto, no me interrumpas, pero ¿sabés por qué hay más zanjas al pie de esta montaña que de otras? Son las líneas de la mano derecha del buda Tathagata. Una vez él combatió durante 108 días con el demonio Xibamejoe, sin que ninguno de los dos ganara, a pesar de todas las artes mágicas que puso en práctica el primero. Pero cuando el demonio se convirtió en un piojo chiquito para que su rival no lo viera, Tathagata levantó su mágica mano derecha y recitando oraciones para maldecirlo, dio una palmada sobre la tierra y arrojó a Xibamejoe al infierno. Así es como dejó las líneas de la palma de la mano grabadas en la tierra. Cualquier ser humano que camine dentro de ellas se perderá. Dicen que entre esas incontables zanjas existe sólo una por la que se puede salir; las demás no tienen salida.

Pero esa zanja no está señalada.

Tabé miraba al viejo muy serio.

—Es una leyenda. Yo tampoco sé que mundo hay al otro lado de las zanjas — murmuró el viejo moviendo la cabeza.

Tabé estaba dispuesto a ir allí. El viejo entonces le formuló una petición: que dejara a Qiong en la aldea. Él tenía un hijo que acababa de comprar un tractor. Hoy en día todas las familias querían comprar tractores. Por las mañanas el estruendo de las máquinas ensordecía los cantos de los gallos, que se habían oído durante miles de años. Los carros de caballos y los burros habían sido echados a un lado de la carretera. Cuando la gente bebía el agua cristalina del arroyo que bajaba de la montaña sentía un ligero sabor a diesel. El viejo ahora era el encargado de un molino de motor y su esposa cultivaba una hectárea de tierra. Él hacía poco había asistido en la gran ciudad a la “Asamblea de representantes modelo para eliminar la pobreza y crear riqueza”, donde recibió un diploma honorífico y un premio, y hasta la prensa había publicado una foto grande suya. Ninguna generación de su familia había tenido tanta riqueza ni tanto trabajo como ahora. Él necesitaba una nuera que se ocupara de los quehaceres domésticos. Cuando el viejo estaba hablando, el hijo mayor entró y sacó un fajo de billetes de colores para hacer ostentación delante del forastero. El hijo llevaba un reloj electrónico en la muñeca, un par de auriculares en las orejas sujetos al *walkman* de su cintura, e iba bailando a un ritmo que nadie podía oír. Se había traído a casa el aire de los señoritos de la ciudad. A Tabé le daba igual todo eso, sin embargo, el ruido que hacía el tractor parado afuera le había tocado el corazón. Se levantó, caminó hacia el tractor y acarició el volante.

—Bien. Qiong se queda con usted, —dijo Tabé.

El muchacho, que probablemente acabara de conseguir algo de Qiong, sonrió con los ojos nublados por la alegría.

—¿Puedo montarme en esta cosa tuya? —preguntó Tabé.

—Claro que sí. Aprenderás a conducirlo en media hora.

El chico se acercó para darle unas instrucciones básicas; le enseñó a controlar el acelerador, cambiar de velocidad, usar el embrague, arrancar y frenar.

Tabé puso en marcha el tractor lentamente y, cuando ya

atardecía, fue conduciendo por el camino de tierra de la aldea. Qiong le miraba desde un costado. Ella se iba a quedar. Le brotaban lágrimas de alegría. En ese momento, vino por detrás un tractor con remolque a gran velocidad y Tabé no supo qué hacer. El muchacho desde detrás le gritó que se desviara hacia una zanja poco profunda que había a un lado del camino. Tabé saltó desde el asiento del conductor al centro del camino, mientras el tractor lentamente se deslizaba dentro de la zanja. Al otro "buey de hierro" no le dio tiempo a frenar y atropelló a Tabé con el remolque, haciéndole caer al suelo. Todo el mundo lo rodeó. Él se levantó y se sacudió el polvo, y aunque se había golpeado en la cintura él dijo que no se había hecho nada, ni lo más mínimo. La gente suspiró aliviada.

Tabé iba a marcharse. La primera vez que trataba con una máquina había sido mordido por ella. Abrazó a Qiong, apoyó su frente en la de ella como despedida y se marchó hacia el otro lado de las montañas de Kerón. Al caer la noche efectivamente llovió, y toda la aldea cantó alegremente. Tabé dejó la aldea de Jia y se adentró solo en la montaña. Estaba herido en algún órgano interno y a medio camino tuvo que parar para vomitar sangre.

La novela terminaba aquí.

Decidí volver a Pabunaigan, atravesar la montaña nevada y llegar hasta el lugar donde estaban las líneas de la mano del Tathagata para buscar a mi protagonista.

La distancia desde la aldea Jia hasta aquel lugar era mucho más larga de lo que yo había imaginado. El mulo que había alquilado cayó reventado de cansancio. Tendido en el suelo, con la espuma blanca saliendo de su boca, me miró con la mirada de un moribundo. Sólo podía descargarlo y echar las cosas sobre mis propios hombros, dejando unos pedazos de pan junto a su boca. Cuando había cruzado la montaña, lo primero que sentí fue un estruendo ensordecedor como el rugido del mar. Los montones de nieve flotaban y se revolvían como nubes al pie de la montaña. Los trozos de hielo que corrían bajo mis pies parecían un torrente que fluía hacia algún río. Sin embargo, ninguna parte de mi cuerpo sintió el soplar del viento. El aire era tan frío y sosegado como el de las noches de invierno en las que no sopla ni una brisa. No hacía

falta esperar hasta el anochecer para bajar porque llevaba gafas protectoras. Toda la superficie de la montaña era una gran pendiente cubierta de una gruesa capa de nieve. No parecía haber ningún obstáculo. Con mi mochila a la espalda fui descendiendo en zig-zag. La pesada mochila se iba hundiendo poco a poco en mi cintura. Para contrarrestarlo contraje el vientre, erguí el pecho y encogí los hombros, pero la momentánea sensación de pérdida de peso me hizo vacilar y caer hacia adelante. Sabía que sería imposible volver a levantarme. Mi cuerpo se deslizaba a gran velocidad, así que me encogí abrazándome las piernas y rodé cuesta abajo, sintiendo cómo giraban el cielo y la tierra. Tuve suerte de no caer en ningún agujero oculto por la nieve. Cuando me recobré estaba tendido sobre la plana y blanda nieve. Ya había llegado al pie de la montaña. Alcé la mirada y vi una larga y profunda huella que ascendía perdiéndose en la bruma de la nieve.

En lo alto de la montaña yo había mirado la hora y eran las nueve y cuarenta y seis, pero esta vez, cuando volví a mirar el reloj, las manecillas indicaban las ocho y tres minutos. Llegué hasta el borde donde acababa la nieve y entré en una zona de tundra, y más allá siguieron praderas, arbustos de montaña, arboledas y luego un gran bosque. Pasado el bosque, la vegetación se hacía cada vez más escasa y sólo había rocas estériles y diques vacíos. Durante el trayecto fui mirando la hora comparando el tiempo calculado en mi mente con el que señalaba el reloj. Llegué a la conclusión de que una vez atravesada la montaña nevada de Karón, el tiempo iba hacia atrás. En el reloj solar que llevaba en la mano derecha, los números de los días y de los meses iban hacia atrás y las manecillas giraban al revés a una velocidad cinco veces más rápida que la normal.

A medida que avanzaba, el paisaje natural que se presentaba ante mi vista también iba cambiando de forma: los tilos⁸ pasaban lentamente, con sus hojas ovaladas y sus ramas amarillas, como si fueran apareciendo alineados en una cinta trans-

⁸ También llamados árboles Bodi o higueras de las pagodas, son árboles sagrados para los budistas.

portadora. A un lado había un templo antiguo en ruinas. Por encima de un gran dique se acercaba caminando un elefante con patas tan largas como escaleras para subir al cielo. Me recordó *La tentación de San Antonio* de Salvador Dalí. Con cuidado me aparté de todo aquello, aceleré el paso y ya no volví la cabeza para mirar otra vez. Caminé sin parar hasta que llegué a una fuente de aguas termales de la que emanaba vapor, y allí descansé un rato. Estaba agotado, pero no me atrevía a dormir porque sabía que una vez cerrados los ojos no me despertaría jamás. A través del vapor caliente de la fuente pude ver lo que parecía ser un antiguo campo de batalla. Había sillas de montar de oro, arcos, flechas y lanzas de hierro, cascos, armaduras, molinillos de oración, trompetas y banderas amarillas hechas jirones, que quién sabe en qué época habrían sido abandonadas allí. Si no hubiera estado tan cansado me habría acercado para verlo con más detenimiento y quizás habría podido verificar si se trataba de algún campo de batalla de los descritos en la épica Guesar. En ese momento yo sólo podía sentarme a contemplarlo desde lejos. La exposición a las altas temperaturas de la fuente termal durante tanto tiempo había fundido los metales, que ahora yacían blandamente en el suelo, perdiendo a la vista toda sensación de dureza. De algunos no se podía distinguir la forma original, ya que se habían convertido en materias diluidas que fluían hacia todas partes, ordenadas y unidas, formando signos tan indescifrables como los caracteres mayas. Al principio pensé que quizás yo estuviera enfermo, y que por eso todo lo que estaba ante mis ojos parecía cambiar de forma. Pensé que la soledad que sentía me estaba haciendo percibir erróneamente el mundo exterior. Sin embargo, deseché esta idea en seguida porque mi cerehro podía razonar con lógica, y mi memoria y mi capacidad de análisis no estaban en absoluto alteradas. El sol seguía moviéndose de este a oeste. El universo, después de todo, aún seguía existiendo y funcionando según sus propias leyes. Aunque los días y las noches se sucedían alternativamente, las manecillas del reloj seguían moviéndose en dirección contraria a gran velocidad, y los días, las semanas y los meses continuaban retrocediendo sin parar. Esto provocó un desorden en mi reloj biológico e incluso llegué a perder peso.

Me desperté un amanecer y me di cuenta de que estaba acostado al pie de una colosal roca roja. Estaba en el punto de partida de numerosas zanjas que se extendían ante mí en forma radial. Seguro que me había despertado por ese gélido y húmedo frío, que sumado al viento que soplaba desde el fondo de las zanjas, hacían castañetear mis dientes. Trepé de prisa a lo alto de un precipicio de rocas salientes que había delante de mí. Me asomé y vi un horizonte infinito. Ya había llegado al lugar de las líneas de la mano. Las innumerables zanjas oscuras se extendían en todas direcciones como si fueran las patas de un demonio. De algunas de ellas no se podía ver el fondo. Era como si una sequía de miles de años hubiera producido esas grietas imposibles de cerrar. No se podía encontrar ni un solo árbol, ni una brizna de hierba. Era un páramo. Me recordó la última escena de grandes ángulos de una película que trataba de la guerra nuclear; en la tierra carbonizada del fin del mundo, los dos protagonistas, ella del este y él del oeste, levantaban sus cabezas y con mucho esfuerzo se arrastraban el uno hacia el otro hasta que, finalmente, estos dos únicos supervivientes del mundo, lograban fundirse en un abrazo. Miradas de dolor. La última imagen congelada. Ellos podían convertirse en otros Adán y Eva.

El cuerpo de Sanjiedapu de Zhatuo hace tiempo que había sido incinerado. Quizás alguien hubiera encontrado algunas sariras valiosas entre sus cenizas aún calientes. Sin embargo mi protagonista aún no aparecía.

—Ta-bé! ¿Dón-de es-tás?, —grité. No creía que pudiera salir de ese lugar.

Al poco rato se produjo el milagro: delante de mí surgió un punto negro, como a un kilómetro de distancia. Corrí bordeando la zanja y gritando su nombre. Cuando pude verlo claramente me detuve asombrado: ¡Era Qiong! Nunca lo habría imaginado.

—Tabé se va a morir.

Se me acercó llorando.

—¿Dónde está?

Qiong me llevó al fondo de una zanja que estaba a su lado. Tabé yacía en el suelo. Su cara estaba pálida y demacrada, y respiraba con dificultad. En el borde de la zanja, el agua

goteaba por entre las piedras cubiertas de musgo, formando en el suelo un pequeño charco. Qiong no cesaba de mojar allí su cinturón para exprimirlo luego gota a gota en la boca de Tabé.

—Profeta, estoy esperando, estoy comprendiendo. Dios me lo revelará.

Tabé abrió los ojos y me miró.

—La herida de la cintura es muy grave. Necesita beber agua sin parar —murmuró Qiong a mi oído.

—¿Por qué no te quedasta en la aldea? —le pregunté.

—¿Y por qué tenía que quedarme? —respondió—, nunca se me ocurrió hacer eso. Él tampoco habría dejado que yo me quedara en ningún lugar. Antes de eso me habría quitado el corazón y lo habría atado a su cintura. Si me separara de él yo no podría seguir viviendo.

—No necesariamente —dije yo.

—Él siempre ha querido saber qué era eso.

Qiong señaló detrás de mí. Volví la cabeza y miré hacia atrás. La zanja era recta y profunda, y comenzaba junto a la colosal roca roja donde yo había pasado la noche anterior. Ahora vi con claridad que el rojo corazón de la piedra estaba grabada en blanco el carácter “gong”. Era imposible verla desde abajo de la roca aunque se alzara la cabeza. “Gong” era la palabra que los lamas pronunciaban cada vez que habían recitado cien veces la oración “Ohmanipadmehom”.⁹ Estaba grabada en la roca roja. Me pareció que éste podría ser un lugar sólo para dioses y espectros, o quizás el sitio donde había sido enterrado algún famoso héroe divino. También había esculpido un “gong” en una roca a la orilla del río Qumixinggu, que corría desde Jiangzi hasta Pari, grabada en memoria del jefe de los ejércitos tibetanos, Benlatin II, que dio su vida para luchar contra la invasión británica en 1904. Sin embargo, no me pareció necesario explicarle todo esto a Tabé. Fue entonces cuando descubrí la verdad, pero ya era demasiado tarde: a mis “admirables hijos abandonados” les había sido otorgada vida y voluntad propias. Había cometido un error irreparable al dejar salir a Tabé y Qiong de aquel sobre de papel marrón nume-

⁹ Oración budista.

rado. ¿Por qué hasta hoy no había podido crear la figura de un “hombre nuevo”? Este era un error aún mayor. Cumplida la creación de los personajes, sus actos se habían convertido en realidades objetivas. Si alguien me exigía responder por qué yo seguía permitiendo su existencia en una época tan trascendente como la actual, ¿qué podría contestar?

Confiando por última vez en la suerte, me agaché sobre el oído de Tabé y murmurándole varias razones que pensé que él podía comprender, intenté convencerle de que el lugar al que él quería llegar no existía, que era como “La Utopía” de Tomás Moro, y nada más.

Ya era tarde. Era imposible hacer que abandonara las creencias de tantos años en el último momento de su vida. Se dio la vuelta y pegó la cabeza contra el suelo.

—Tabé, —le dije—, te pondrás bien. Espérame un momento. He dejado todas mis cosas allí. Adentro hay medicinas para urgencias...

—¡Shh! —Tabé me hizo callar. Su oreja estaba pegada al suelo frío y húmedo—. ¡Escucha tú! ¡Escucha!

Después de un buen rato, sólo escuché unos débiles ruidos en medio del latir de mi propio corazón.

—Ayúdame a subir. Quiero ir allá arriba —Tabé se incorporó gritando y blandiendo sus manos.

Tuve que ayudarlo a levantarse. Qiong trepó primero hasta lo alto de la roca mientras yo me quedaba abajo aguantando a Tabé. Su cuerpo pesaba mucho. Con una de mis manos protegía con mucho cuidado su espalda, mientras que con la otra iba agarrándome de las rocas puntiagudas, hasta que poco a poco logré subirlo. Mis pies estaban apoyados en las rocas salientes. Me hice una herida en la mano con la que había ido agarrándome de las piedras. Al principio se entumeció, luego sentí un calor abrasador y la sangre caliente empezó a correr por el brazo dentro de la manga. Qiong, agachada en lo alto, cogió a Tabé por debajo de los hombros, arrastrándolo hacia arriba, mientras yo lo empujaba desde abajo. Finalmente lo gramos subirlo con gran esfuerzo. El sol, brillando deslumbrantemente en el este, emergía desde el horizonte. Tabé ávidamente respiró una bocanada del aire de la mañana y miró hacia todos lados, como esperando descubrir algo.

—¿Qué dicen, profeta? No lo comprendo. Por favor, dímelo pronto. Tú seguro que los entiendes.

Se volvió agachándose a mis pies. Había percibido las señales acústicas unos minutos antes que yo. Un poco más tarde Qiong y yo escuchamos un sonido muy claro que venía del cielo. Oímos con atención.

—Es el sonido de las campanillas de cobre de los templos, —gritó Qiong.

—Es el sonido de la campana de una iglesia —la corregí.

—¡Qué miedo! Se derrumba la montaña —dijo ella.

—No, es una majestuosa sinfonía de trompetas y tambores y un gran coro de miles de personas —la corregía nuevamente.

Qiong me miró confusa.

—Dios empieza a hablar —dijo Tabé muy serio.

Esta vez no me atreví a decir nada. Lo que oía era la voz de un hombre hablando en inglés. De ninguna manera podía decirle eso. Era la ceremonia de apertura de los XXIII Juegos Olímpicos de Los Ángeles, en Estados Unidos. En ese momento las televisiones y los radios la estaban retransmitiendo por el espacio hacia todos los rincones del mundo. Por fin recuperé el sentido del tiempo. En mi reloj eran las siete y treinta de la mañana, hora de Pekín, del 29 de julio del año 1984 de nuestra era.

—No es la revelación divina, sino el sonido de las campanas, las trompetas y los coros, hijo mío—. Sólo pude decirle eso.

No sé si me oyó o no. O quizás ya lo había comprendido todo. Parecía que tenía mucho frío, se encogió y cerró los ojos, como si se durmiera. Lo descargué de mi espalda y me arrodillé junto a él. Arreglé su ropa rota y coloqué su cuerpo en forma de "S", imitando la forma del carácter chino "gong". Sentí remordimientos por haber manchado su ropa con la sangre de mi mano herida. Pensé que quizás había sido yo el que lo había matado. En el pasado, más de una vez yo había encaminado a mis personajes a la muerte. Debía examinarme bien a mí mismo.

—Ahora sólo quedo yo —dijo Qiong lastimosamente.

—Tú no vas a morir, Qiong. Has pasado por una espe-

riencia muy dolorosa, pero yo, poco a poco, voy a crear en ti a un ser nuevo.

Alcé la mirada para hablarle y vi una esperanza sincera reflejada en su expresión.

La cuerda de cuero atada a su cintura se balanceaba ante mi nariz. Quería saber cuántos días había estado ella fuera de casa. Agarré la cuerda y empecé a contar con cuidado desde el primer nudo de uno de los extremos: “Cinco... ocho... veinticinco... cincuenta y siete... noventa y seis...”

En total había contado ciento ocho nudos, exactamente como el número de cuentas del rosario que llevaba Tabé en su muñeca.

En ese momento el sol estaba ascendiendo majestuosamente, y hacía que el cielo y la tierra brillaran como el oro.

Reemplacé en su puesto a Tabé, y Qiong me siguió. Juntos caminamos hacia atrás y el tiempo volvió a empezar.

Pekín, 1993

